

**Apuntes de la Introducción y de la homilía de Julián Carrón
en el retiro de Adviento de la Fraternidad de San José**

Pacengo (VR), viernes 29 de noviembre de 2019

*A la entrada: F. Schubert, Sinfonía n. 8 en si menor «Inacabada», Carlos Kleiber – Wiener Philharmoniker
«Spirto Gentil» n. 2, Universal*

¿Quién de nosotros, al participar en la Jornada de apertura de curso, no ha deseado verse completamente imantado por Cristo? Creo que al comienzo de nuestro gesto no hay nada más urgente para cada uno de nosotros que volver a vernos aferrados hasta las entrañas. Pero esto no podemos generarlo nosotros, este ser completamente aferrados no es fruto de nuestra iniciativa, de un logro nuestro. Es algo que debe suceder; es verdad que requiere nuestra disponibilidad, pero que suceda es una gracia. Por ello, cuanto más lo deseamos, tanto más lo pedimos con intensidad al Espíritu. Porque es el Espíritu quien hace que Cristo penetre dentro de nuestro yo hasta el punto de que llegue a ser verdaderamente nuestro. Solo el Espíritu puede hacer que penetre hasta el centro del corazón.

Veni Sancte Spiritus

- *Canzone degli occhi e del cuore*

Buenas noches a todos. Es un placer estar con vosotros al comienzo de este retiro de Adviento para mirar juntos las cosas que más nos importan. ¿Y qué es lo que más nos importa? En el tiempo de Adviento –que empezará el domingo–, lo que más le importa a la Iglesia es la espera. ¡Nosotros esperamos! Con esta espera nos queremos preparar para el hecho de Cristo, para la Navidad. Ningún año soy capaz de comenzar el tiempo de Adviento pensando que esta espera es algo obvio. De hecho, ¿cuántas personas hay que no esperan? Para mucha gente no hay nada que esperar. Que nosotros esperemos, por tanto, no es algo que haya que dar por descontado. Por eso cada uno de nosotros debe preguntarse: «¿Por qué esperamos? ¿Por qué está llena nuestra vida de espera y de deseo?». Ciertamente, no es porque seamos más capaces que los demás. Preguntémonos entonces: «¿Quién nos da este deseo, quién despierta en nosotros esta capacidad de esperar?».

La espera pertenece a nuestra naturaleza –todos participan de esta naturaleza–, pero con frecuencia nos encontramos con gente que ya no espera. Entonces, ¿por qué esperamos nosotros? Porque nos ha sucedido algo. Nosotros esperamos porque Cristo ha venido ya y ha despertado en nosotros la nostalgia de Él, el deseo de Él, la espera de Él. Si uno piensa en sí mismo, en su espera, ¿cuál ha sido el punto en el que esta se ha originado? ¿No ha sido acaso el hecho de Cristo? Es como cuando uno siente nostalgia de la persona amada: es necesario que antes se haya producido el encuentro con ella o con él. Por eso la espera de Él es ya un signo de la presencia de Cristo dentro de nosotros, que la despierta constantemente, una espera que la Iglesia recomienda vivir todavía más en el tiempo de Adviento.

¿Qué esperamos nosotros? Esperamos Su presencia. Esperamos Su vuelta. Por eso la Iglesia une la espera de la venida de Cristo en la fiesta de Navidad con la espera de la vuelta final de Cristo. ¿Cómo no desear encontrarnos con Cristo? ¡Qué unidad entre la espera de Su presencia, de Su nacimiento, y la espera de la vuelta definitiva de Cristo! Esto no puede dejar de recordarnos la pregunta de Jesús que citamos en la Jornada de apertura (y que don Giussani nos había planteado en el comienzo de curso de 2018): «“Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?” (Lc 18,8)» («¿Quién es este?», supl. de *Huellas* n. 9/2019, p. 7). ¿Encontrará fe en nosotros o nos encontrará ocupados en nuestras cosas? ¿Nos encontrará haciendo muchas cosas, incluso por Su causa, por Su Iglesia, pero, como nos decía Giussani, con el corazón alejado de Cristo, porque Él ya no es el tesoro de nuestro corazón? Esta es la pregunta que percibimos como más pertinente para nuestra vida, porque podemos incluso hacer muchas cosas justas, ¡pero cuántas veces nos sorprendemos porque nuestro corazón no está aferrado por Él! Cuando sucede esto, es como si Él no estuviese, como si Cristo no tuviese el atractivo suficiente como para aferrarnos por completo, como si no llenase toda la espera que ha despertado en nosotros. Pero si Él no llena nuestro corazón, acabaremos distrayéndonos con las cosas, lo queramos o no. Si Él dejara de aferrarnos, si dejase de cautivarnos, estaríamos a merced de todo lo demás. Lo que decíamos en la Jornada de apertura es un test para cada uno de nosotros: en la situación de nihilismo en la que vivimos –como decía Galimberti–, en la que nada parece aferrarnos por entero, nos convertimos en minas flotantes; si nada es capaz de atraernos totalmente, estamos a merced de todo, de todas las cosas que tenemos que hacer, de todas nuestras preocupaciones, de todos nuestros pensamientos.

Si Él volviese en este instante, ¿encontraría todavía a alguien cautivado por Su presencia, encontraría todavía a alguien totalmente aferrado por la fe en Él? Insisto, podemos hacer muchas cosas y no estar aferrados. Es casi inevitable. Si consideramos las frases citadas por don Giussani al principio de la Escuela de comunidad sobre *Crear huellas en la historia del mundo* –frases de las que vivió durante muchos años–, por ejemplo esta: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?» (Sal 8,5), y las comparamos con nosotros, no sé si os pasa también a vosotros, pero yo me digo siempre: ¡cómo le marcaban a él! No juzguéis de forma errónea esta afirmación mía, que no hago para fustigarlos porque no estamos a la altura, sino para despertar nuestra envidia: ¿qué nos perdemos si no nos sucede también a nosotros lo que le sucedía a don Giussani delante de ciertas preguntas del Evangelio? Lo digo solamente para despertar nuestro deseo, todo nuestro deseo de vivir la misma experiencia. Si don Giussani pudo vivir así, también nosotros podemos vivir así. Como decía una persona que acaba de llegar y que está completamente cautivada: «¿Se puede vivir así?».

¿Hay algo más bonito que empezar el camino de la Fraternidad de San José con esta pregunta? «Pero, ¿se puede vivir así?». Nosotros podemos responder: «Sí». Sí, porque hemos visto a alguien vivir así hasta el último instante. Casi al final de su vida le escuchamos decir delante del Papa y de toda la Iglesia, en la plaza de San Pedro: «“¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?” Ninguna pregunta me ha impresionado en la vida tanto como esta» (L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 13), pues estaba marcado por ella. Por tanto, no perdáis el tiempo midiéndoos, sino ocupaos de

que este deseo de vivir así se convierta en una petición a Cristo: «Señor, no quiero perder la vida viviendo. Quiero estar cautivado como veo que lo ha estado don Giussani, como veo que lo están personas cerca de mí, incluso las que acaban de llegar». Cuántas veces la persona que acaba de llegar nos devuelve a nosotros, que podemos estar aquí desde hace mucho tiempo, toda la frescura de la vocación, como la amiga que ha preguntado: «Pero, ¿se puede vivir así?».

¡Qué responsabilidad tenemos de testimoniar a quien llega y de testimoniarnos mutuamente, no con palabras, sino con una vida aferrada, que se puede vivir así! ¿Qué podemos desear para nosotros? Que cuando Cristo vuelva encuentre en nosotros a alguien completamente imantado por Él, cautivado por Él. Si Él no nos aferra, nada podrá atraernos. Como decía Malraux, el pensador francés: «No existe ideal por el que podamos sacrificarnos porque conocemos la mentira de todos ellos, nosotros que no sabemos qué es la verdad» (A. Malraux, *La tentation de l'Occident*, Bernard Grasset, París 1926, p. 216; traducción nuestra). Si no existiese nada tan verdadero, tan fascinante, tan bello como para atraernos y aferrarnos, tendría razón Malraux.

¿Y nosotros? ¿Tenemos algún recurso para dejarnos atraer? Muchas veces pensamos: «Sí, tenemos nuestra voluntad, nuestra energía, nuestro esfuerzo». Pero no. Nosotros tenemos algo más elemental que todo esto, porque no se necesita ninguna capacidad especial para dejarse aferrar. ¿Sabéis lo que se necesita? Algo gracias a lo cual una realidad como la vuestra puede ser una posibilidad para cualquier persona, cualquiera que sea la situación, la edad, la condición y las circunstancias que ha vivido. ¿El qué? Nuestra humanidad, vuestra humanidad. ¡Vosotros sois para mí el mayor espectáculo de cómo cualquier tipo de humanidad puede ser aferrada por Cristo! No importa la situación en la que uno se encuentre. Basta con que se deje aferrar tal como es. Justamente esta humanidad nuestra –que muchas veces vivimos casi con malestar, porque no nos salen las cuentas, porque no nos gusta, por los muchos límites que encontramos en nosotros– es la única, la única capaz de ser aferrada por Cristo, aferrada hasta las entrañas. Por eso es precioso verlo en el Evangelio y verlo también en vosotros: cada uno, con su propio camino, con sus propias dificultades, con su propia historia, puede ser aferrado, como la pecadora de la que hablamos en la Jornada de apertura: esa mujer había tratado de satisfacer su deseo de muchas formas (al igual que la Samaritana, que había cambiado cinco veces de marido), pero, ¿qué permanecía todavía en ella, más allá de todos sus errores? Su humanidad, hasta el punto de que cuando se encontró con aquel hombre –Jesús– se vio tan atraída que no hubo manera de detenerla. Fue hasta donde estaba Él y le lavó los pies con sus lágrimas. Esta es una de las cosas más bonitas que nos ha comunicado don Giussani: al identificarse continuamente con el Evangelio (mientras que nosotros leemos muchas veces estos relatos dándolos por descontados), al identificarse con él una y otra vez, nos ha hecho vibrar al mostrarnos cómo se dirige Jesús a nuestra humanidad, cómo se dirigía Jesús a la humanidad herida, a veces llena de límites; nada le detenía.

¡Ojalá mirásemos nuestra humanidad así, aunque fuera solo por un instante! ¡Ojalá nos sorprendiésemos teniendo un instante de ternura por nuestra humanidad! Sería una fiesta. ¡Una fiesta! Como decía don Giussani en la plaza de San Pedro en 1998: «Ninguna mujer ha escuchado jamás otra voz que hablara de su hijo con la misma ternura original, con la misma valoración indiscutible del fruto de su seno, con semejante afirmación totalmente positiva de su destino:

únicamente la voz del hebreo Jesús de Nazaret. [...] ¡Ningún hombre puede sentirse afirmado mejor, con la dignidad de quien tiene un valor absoluto que está por encima de cualquier logro suyo!» (*Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 13-14). ¿Qué habrá vibrado en don Giussani a lo largo de toda su vida para poder decir esto? No tenía un Evangelio distinto del nuestro y no escuchaba otro Evangelio. El Evangelio era el mismo que leemos nosotros, pero muchas veces nosotros no lo percibimos como lo percibía él. Como consecuencia, nuestra vida no se ve aferrada.

¿Qué experimentaría don Giussani para llegar a decir algo así? «Solamente Cristo se toma toda mi humanidad en serio. [...] “¿Quién podrá hablarnos del amor singular que tiene Cristo al hombre, desbordante de paz?”. ¡Me repito estas palabras desde hace más de cincuenta años!» (*ibidem*, p. 14). Solo si nuestra humanidad es aferrada y abrazada así podremos llegar a ser de verdad nosotros mismos. Esto no depende de un esfuerzo nuestro, sino sencillamente de dejarnos aferrar por entero: «Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!» (Jacopone da Todi, «Lauda XC», en Id., *Le Laude*, Libreria Editrice Fiorentina, Florencia 1989, p. 313). Por eso Giussani nos decía siempre, como podemos leer al principio de *Los orígenes de la pretensión cristiana* –¿qué conmoción cada vez que lo releemos!–, en el primer párrafo: «No sería posible apreciar plenamente qué significa Jesucristo si antes no apreciáramos bien la naturaleza del dinamismo que hace del hombre un hombre. Cristo se presenta, en efecto, como respuesta a lo que soy “yo”», sí, a mi humanidad, a mi yo. «Y solo tomar conciencia atenta y también tierna y apasionada de mí mismo [notad la diferencia entre cómo tratamos nosotros nuestra humanidad y cómo mira don Giussani la suya] puede abrirme de par en par y disponerme para reconocer [...] a Cristo. Sin esta conciencia incluso Jesucristo se convierte en un mero nombre» (L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 9).

Por eso es impresionante cuando escuchamos las intervenciones de la gente, por ejemplo en la Escuela de comunidad. ¿Recordáis el testimonio de esa amiga nuestra que hoy está aquí con nosotros? Conoció a una joven madre musulmana que, en un momento dado, se quitó el velo para mostrarle su rostro. ¿Cómo se sentiría mirada, qué intensidad de mirada percibiría sobre ella misma para realizar aquel gesto? Ese gesto habla más de Cristo que todos los discursos que podamos hacer sobre Él. Por ello, ¡no os escandalicéis, como hacen algunos, cuando uso la expresión «hasta las entrañas»! Si esa mujer no se hubiese sentido aferrada hasta las entrañas por el encuentro con nuestra amiga, ni muerta se habría quitado el velo. En cambio, se sintió abrazada –como dijo Giussani delante del Papa: «Reconocer lo que es Cristo en nuestra vida afecta entonces por entero a la conciencia con la que vivimos» (*Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 14)–, aunque todavía no sepa lo que le ha sucedido. ¿Qué experimentaría que le hizo sentirse ella misma hasta el punto de sentirse libre para hablar sobre sí misma, de quitarse el velo delante de nuestra amiga? ¿A quién no le gustaría verse atraído de este modo por Cristo?

Empezamos este tiempo de Adviento con el deseo de que la Navidad no sea una formalidad sin más, un aniversario que tenemos que celebrar, y que nos lleva a no esperar nada más que alguna comida en familia. ¡Qué potencia tiene Cristo cuando sucede, como experimentaron los pastores, la Virgen, san José! Delante de ese hecho absolutamente desconcertante, la alegría –¡la alegría!– invadió por completo su vida. Se veía que habían reconocido algo porque la alegría llenaba su corazón. Don

Giussani describe milimétricamente lo que sucede cuando alguien Le reconoce: «Que el reconocimiento es verdadero es algo que se ve por el hecho de que la vida tiene una capacidad última y tenaz de alegría» (*ibidem*).

Por eso nos quedamos sin palabras cuando vemos a ciertos personajes en el Evangelio que, en la sencillez de su corazón, dejan que la humanidad de Cristo exprese toda su pasión por su humanidad. «Al salir él con sus discípulos y bastante gente, un mendigo ciego, Bartimeo (el hijo de Timeo), estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar». Solo se grita delante de alguien, se espera a alguien al que se ha conocido. Nosotros esperamos porque nos hemos encontrado con Alguien. Podemos gritar porque hay Alguien presente al que podemos dirigirnos. Mucha gente le habría visto pasar pero, ¿quién grito a Jesús? Solo aquel ciego. «Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí». Muchos, que no sentían la urgencia de gritar porque no tenían necesidad de que Él respondiese a toda su humanidad, increpaban a Bartimeo para que se callara, porque estaba molestando. Pero él estaba tan cautivado por esa presencia que no podía dejar de gritar, y lo hacía cada vez más fuerte. «Hijo de David, ten compasión de mí» (Mc 10, 46-48).

Cuando Jesús nos ve tan deseosos, ¿qué hace? El ciego de nacimiento no había participado en unos Ejercicios espirituales, únicamente había secundado su humanidad. No es necesario hacer un máster en Harvard ni hacer nada especial, solo hace falta estar llenos de deseo. Bartimeo era alguien como los demás pero, a diferencia de los demás, le importaba su humanidad, y por eso no se conformaba con menos que todo. Por eso gritaba. Entonces Jesús, mientras los demás trataban de hacerle callar, «se detuvo y dijo: “Llamadlo”. Llamaron al ciego, diciéndole: “Ánimo, levántate, que te llama”». Imaginad cómo se sentiría aquel hombre: «Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús». En su sobriedad milimétrica, el Evangelio no infla las cosas, pero todos nos imaginamos la escena con precisión: «Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús. Jesús le dijo: “¿Qué quieres que te haga?”» (Mc 10, 50-51). Jesús se conmueve por nuestra nada, por nuestra humanidad tal como es. «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?». En Jesús vemos encarnada la respuesta al Salmo 8. ¿Qué ve Jesús en nosotros que nosotros no vemos? Por ello también nosotros gritamos a Jesús: «*Rabbuni*, que vea», que pueda ver. Jesús dio al ciego de nacimiento mucho más que la vista física; al curarle no le permitió simplemente ver a quien tenía delante, sino que ensanchó su capacidad de ver hasta permitirle reconocer la excepcionalidad de Su presencia. Hasta tal punto que después de que Jesús le dijese: «Tu fe te ha salvado», el Evangelio cuenta que Le siguió. ¿Qué vería que hizo que no pudiera hacer más que seguirle?

La fe a la que se refiere Jesús con la pregunta: «Cuando vuelva el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» no es el resultado de un esfuerzo nuestro, sino que consiste en la sencillez de un reconocimiento fruto de haber sido atraídos, aferrados, como le sucedió a Bartimeo: «Que vea», que pueda verme aferrado. «Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino» (Mc 10, 51-52). El seguimiento no es un esfuerzo nuestro. El seguimiento se produce porque no queremos perdernos lo que hemos visto.

Por ello, pidamos al Señor al comienzo de este retiro que nos pegue a Él, que nos pegue con «manos de cola», porque si Cristo no nos pega, cuando vuelva no encontrará fe en nosotros; tal vez encuentre a alguno afanado en sus cosas, pero no aferrado, atraído por Él.

Aprovechemos estos días para ayudarnos, para sostenernos en este grito, el mismo del ciego de nacimiento: «Señor Jesús, ten compasión de nosotros». Este grito nace del deseo de ser atraídos por Él. Así podremos sorprendernos una vez más por su venida. ¡Que nos encuentre deseosos de Él! Si viniese ahora, si por casualidad viniese ahora –¡sería estupendo que viniese tan pronto!– y encontrase a toda la Fraternidad de San José deseosa de Él, ¿no sería precioso? ¿No sería lo más bonito? ¿Quién no lo desea? Nada se puede comparar con esto. Por ello, pidámoslo, sostengámonos unos a otros en nuestro grito a Él, que viene. En el silencio de estos días, que nada nos distraiga de este grito. Porque cuanto más deseo tengamos de Él, más espacio dejaremos para que Cristo nos tome por entero y así –cualquiera que sea la modalidad de su venida en nuestra vida– podamos escuchar que nos dice, como el ciego de nacimiento: «Tu fe te ha salvado», es decir, reconocerle a Él te ha salvado, tu disponibilidad te ha salvado, el hecho de que le has dejado entrar –no tu capacidad, sino el hecho de que le dejas entrar– te ha salvado. ¿Qué es la salvación? La salvación no es algo que sucede como una rutina, la salvación consiste en ser aferrados por Él y vibrar por ello.

No deseamos más que estar totalmente atraídos por Cristo. Por Cristo que viene. Decíamos en la Jornada de apertura de curso: «Esta es la prueba que documenta la presencia de Cristo en la historia, es decir, de Cristo en acción en nuestra vida: que nos vemos “atrapados”, imantados por Él» (J. Carrón, «¿Quién es este?», supl. de *Huellas*, n. 9/2019, pp. 5-6). Cristo ha asumido nuestra humanidad justamente para atraernos. Si la lejanía de su divinidad no se vuelve de nuevo concreta, humana, carnal e histórica hasta el punto de atraernos, viviremos como minas flotantes, aunque sigamos permaneciendo en la asociación, en la Iglesia o en cualquier club cristiano. La cuestión no es tener el carnet del grupo o del club, aquí la verdadera cuestión es una sola: estar atraídos hasta el punto de poder gritar a todo el mundo: «¡Existe Cristo, existe Uno que responde a nuestra nada!». Hay Alguien que cuida de nosotros. Hay Alguien que nos salva de estar a merced de todo, una presencia capaz de fascinarnos para siempre, cualquiera que sea la situación, la edad, la condición de vida, la historia y las heridas que llevemos encima. Todo esto no es un obstáculo. ¿Y quién puede gritarlo mejor que vosotros? ¿De dónde puede venir una sinfonía más bella, más grande y más capaz de hacer que nadie se sienta excluido? Es un consuelo que en la Iglesia de Dios existan lugares como este en donde se puede encontrar un grupo de personas tan distintas, que han atravesado todas las dificultades y fatigas de la vida, que se han encontrado en las situaciones existenciales más variadas. Es difícilísimo encontrar un grupo tan heterogéneo como este, más aún, creo que es prácticamente imposible. Pero esto quiere decir que es para todos, para todos sin excepción. Esto elimina cualquier reserva, porque todo se apoya en ser aferrados, atraídos por Cristo presente.

Como decía a vuestros amigos del Consejo directivo de la Fraternidad de San José, pensando en vosotros me ha venido a la cabeza una frase que resume vuestra vocación. Por la condición en la que estáis, la forma de vuestra vocación se puede sintetizar con estas palabras de don Giussani: «La fuerza del sujeto radica en la intensidad de su autoconciencia» (*El sentido de Dios y el hombre moderno*, Encuentro, Madrid 2005, p. 151). Cada uno de vosotros, en la condición en la que vive,

apoya todo en la conciencia de estar atraído por Cristo. Esta es vuestra fuerza, esta es la fuerza del testimonio que dais de Cristo en las formas más variadas. Es extraordinario que exista en la Iglesia de Dios un lugar como este. Aquí se documenta la victoria de Cristo, una victoria que vosotros, en la sencillez de vuestro dejaros aferrar por Él, testimoniáis a todos. Pidamos en la misa esta sencillez.

SANTA MISA

Liturgia de la santa misa: Dn 7,2-14; Dn 3,75-81; Lc 21,29-33

HOMILÍA

Después de la lectura del profeta Daniel, llena de animales extraños –como si estuviésemos ante la escena de una película–, hemos dicho: «Palabra de Dios. Demos gracias a Dios». Pero, ¿qué palabra es esa, por la que damos gracias a Dios? ¿Y qué es este libro extraño? Es un género literario nacido en un momento de persecución del pueblo de Israel. En dicho momento, para sostener la fe de los judíos, era necesario hablar un lenguaje inaccesible para los enemigos. Por eso no lo entendía nadie – y tampoco vosotros–, salvo los que eran introducidos en el significado de las imágenes. A través de la visión de las grandes bestias que surgen del mar, de lo profundo del abismo, Daniel habla al pueblo de los reinos que luchan contra Israel, contra los fieles del Dios de Israel. La primera bestia se parece a un león con alas de águila, la segunda se parece a un oso, etc. (como los extraños animales de ciertas películas que ven vuestros nietos). Son el símbolo de los poderes, de los imperios de entonces que perseguían a los judíos; en los tiempos en que escribía el profeta Daniel, eran los descendientes de Alejandro Magno los que oprimían a Israel (lo hemos leído recientemente en las lecturas tomadas del libro de los Macabeos). Por tanto, con este género literario llamado «apocalíptico», se trataba de sostener la fe del pueblo. Es como si Daniel dijese: «Estos imperios no son nada, realmente nada; parecen tener una potencia que nos da miedo, que nos asusta, pero en realidad no son nada». De hecho, junto a la descripción del poder de estas bestias, el profeta introduce una nueva imagen, la de un anciano, que es el signo de Dios y que por eso es descrito en el lenguaje del Antiguo Testamento con los signos propios de lo divino, es decir la vestidura blanca como la nieve, la cabellera como lana limpiísima y un trono sobre el que se sienta. Daniel se sirve de la figura del anciano sentado en el trono que juzga a todos los pueblos para que aquellos que eran perseguidos pudiesen librarse del miedo. El anciano, de hecho, tenía a miles y miles que le servían y a millones que estaban a sus órdenes. De él procede el juicio: «Se les quitará el poder», que era como decir: «El poder y la duración de cada reino representado por las bestias tienen un final, no os asustéis. Parecen destinados a durar por siempre, pero en realidad no son nada». ¿Por qué? Porque viene «una especie de hijo de hombre» al que se le darán «poder, honor y reino». Será esta justamente la expresión que Jesús use para designarse a sí mismo: «El Hijo del hombre». De hecho, dirá: «¿Cuando venga el Hijo del hombre, encontrará fe en la tierra?» (Lc 18,8). Que es como decir: «¿Cuando vuelva encontraré todavía a alguien que haya creído en la potencia de mi presencia?».

Nosotros, al igual que el pueblo de Israel, también nos sentimos asediados, y a veces estamos asustados por la situación en la que nos hallamos, por las condiciones en las que tenemos que vivir la fe. Justamente por eso la Iglesia nos hace escuchar hoy estas lecturas, y es como si nos dijese: «Todas estas cosas no son nada, nada, realmente nada», pero, ¿hay alguno que crea todavía en Él y que no se deje asustar por estas cosas?». ¿Y qué signo nos ofrece? El del Evangelio, que es todavía más impresionante que el que ofrece el profeta. Jesús pone un ejemplo casi banal, pero decisivo: «Fijaos en la higuera o en cualquier árbol: cuando echan brotes». En el tiempo de Adviento se nos propondrá varias veces esa imagen del brote. Es como si uno viese un tronco enorme, seco al 99,9%, sobre el que despunta un brote. ¡Un brote! ¿Quién apostaría por un pequeño brote? Y sin embargo, toda la sequedad del tronco no puede eliminar ese brote. En él se apoya la esperanza de que ese árbol pueda resurgir. Un brote. Todo lo demás no es nada, no puede nada contra la potencia de ese brote. Con esta imagen Jesús está diciendo: «Si no miráis el brote que pongo ante vuestros ojos, en medio de toda la situación de persecución – en los tiempos de entonces y en nuestro tiempo– y de confusión, si no prestáis atención a este brote, seréis arrollados por el miedo».

Jesús nos asegura: «El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán». Esta es la certeza por la que podemos decir: «Sí», «Palabra de Dios. Demos gracias a Dios», porque su palabra se cumple. ¿Sabéis por qué se cumple? Porque de todos los reinos de los tiempos de Alejandro Magno, de los medos, de los persas, de Nabucodonosor, no queda nada, nada, realmente nada. Mientras que Él permanece, como testimonia cada uno de nosotros que le reconoce. Sus palabras no pasan y nosotros somos hoy la prueba de ello.